

VÍCTIMAS DEL ABSOLUTISMO

PARADOJAS DEL PODER
EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII

JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ

Prólogo de Carlos Martínez Shaw



PUNTO DE VISTA EDITORES

Sumario

PRÓLOGO	11
1. AL LECTOR DE (BUENA) HISTORIA	
2. LO QUE VIO FEIJOO: LA POLÍTICA	
La guerra de sucesión y los dos partidos políticos	31
Feijoo y Campomanes: el marco ideológico del siglo	36
Reformar... sin y con la nobleza	40
La utilidad, lo que Dios crió y lo que fabricaron los hombres	43
La monarquía, al lado de las reformas, y la oposición	45
Proteger y protegerse	49
El amigo Sarmiento y un brazo protector, los vizcaínos	52
Feijoo y Sarmiento toman partido	56
La francofobia de Feijoo y la reacción ensenadista	60
Silencio, pues ganó el bando contrario	67
El último tomo y la feliz revolución de Carlos III	71
3. LA OTRA CARA DEL «RÉGIMEN QUE HAY AHORA»	
El lado oscuro del despotismo ilustrado	75
Macanaz inaugura el siglo de la crueldad	81
La sociedad castigada	87
Reprimir motines, Granada y Caracas	92
La chusma y la esclavitud	97
El cruel antigitanismo hispano	108
El intento de extinción de los gitanos de 1749	111

4. EL TRIUNFO DEL DESPOTISMO ILUSTRADO	
Absolutismo y despotismo	121
La fábrica de la meritocracia, misión de Estado	124
De la gran abstracción política a la realidad	128
El giro político de 1759	133
El barullo: el conde de Aranda y el consejo de guerra contra el conde de Superunda	138
El enseñadista Superunda, fanático regalista	143
Un consejo de guerra más político que militar	149
Las tensiones políticas en la corte de los italianos	154
Su Excelencia, el presidente Aranda	158
La víctima, la pena y la deshonra	166
5. LA TRINCA EN EL PODER, VENCEDORES Y VENCIDOS	
El motín contra Esquilache	169
El motín y los motines	175
Mandar es castigar	181
La víctima ejemplar, de nuevo Ensenada	191
El enseñadismo en la sombra	204
Gándara y Valdeflores, las penúltimas víctimas enseñadistas	206
6. CARLOS III Y EL ABSOLUTISMO ILUSTRADO	
Carlos III y sus ministros	221
La sangre real y el caso del infante don Luis	225
La familia, el cuarto del príncipe y la reacción	231
Los príncipes de Asturias y la conspiración de Aranda	237
El operista Niccolò Setaro, primera víctima de la reacción antilustrada	244
Setaro en Bilbao, sin la protección de Aranda	249
La integración de los gitanos	257
La difícil aplicación de la Pragmática de 1783 y las excepciones	262

7. OLAVIDE, EL CASTIGO EJEMPLAR QUE LO APRUEBE EL REY	
La Inquisición al servicio de la lucha política	267
El libertino ilustrado	271
Las Nuevas Poblaciones, la obra ilustrada del siglo	277
La fabricación política del hereje	285
La Inquisición, arma política de la venganza	293
La pena y el desengaño: Olavide católico	299
Olavide en Francia	307
<i>El Evangelio en triunfo</i> : ni desengaño, ni arrepentimiento	310
8. VÍSPERAS DEL 2 DE MAYO	
«La Trinidad en la tierra»	319
El último fracaso: Floridablanca encarcelado y Aranda desterrado	326
La irresistible ascensión de Godoy y la víctima universitaria, Ramón Salas	334
Las reformas ilustradas y la crisis económica	343
El Generalísimo	347
La última paradoja: la caída de la monarquía	351
Las últimas víctimas, Jovellanos, Cabarrús... y los «desventurados padres»	363
BIBLIOGRAFÍA	369

Prólogo

No nos detendremos en presentar a José Luis Gómez Urdáñez, autor de varios libros y numerosos artículos imprescindibles para conocer la España del siglo XVIII. Solo diremos que, después de una serie tan extensa de incursiones en el mundo del Setecientos español, que le han dado un conocimiento realmente enciclopédico de la época y de sus protagonistas, individuales y colectivos, no podía extrañarnos que el catedrático de La Rioja ampliase aún más su campo de estudio, y nos ofreciese otra asombrosa muestra de su saber y de su penetración para explicarnos el complicado universo de aquella España absolutista e ilustrada.

El siglo XVIII había pasado de ser una época muy ignorada y muy denostada (recuérdense las descalificaciones de Marcelino Menéndez y Pelayo, y José Ortega y Gasset) a ganarse la gloria de una narrativa altamente elogiosa que la convertía en un momento cenital de la historia de España, bañado por las Luces de la modernización y el progreso.

Sin embargo, la incansable Clío quería dejar las cosas en su justo medio, ofreciendo no un frío eclecticismo, sino una imagen más rica, pero al mismo tiempo más matizada del siglo. Lo primero fue desvelar que el despotismo ilustrado tenía unas características muy especiales: era un absolutismo tardío, un proyecto reformista que pretendía la modernización de la economía, las relaciones sociales, la vida política y la actividad cultural. Pero, también pretendía dejar intactas las bases tradicionales: la figura del rey era intocable y estaba colocada en el vértice del plan de reforma, la aristocracia y el clero debían mantenerse en lo alto de la pirámide de la sociedad estamental, las intervenciones en la economía debían limitarse

a la introducción de los avances técnicos sin poner en riesgo las estructuras fundamentales que sustentaban la prosperidad de los privilegiados, la cultura debía ser dirigida directa o indirectamente por el Estado, que controlaba las iniciativas surgidas de otros ámbitos mediante la censura o la condena. En otras palabras, el proceso de modernización tenía unos límites precisos que no podían franquearse, como demuestra el fracaso sucesivo de los proyectos más ambiciosos: la Única Contribución, las Nuevas Poblaciones, la Ley Agraria.

De cualquier forma, el balance resultaba positivo hacia 1790. Se había producido una racionalización administrativa, se podía constatar un crecimiento en todos los sectores de la economía, se advertía un aumento de la movilidad social, se había abierto paso entre un público relativamente amplio un interés generalizado por el progreso (sobre todo, en los Consulados y en las Sociedades Económicas de Amigos del País), se habían conseguido grandes logros en el campo de la cultura (las academias, los centros de investigación, las ciencias y las artes, la literatura y la música), donde se llegaría a contar con nombres muy ilustres, sobre todo a medida que se acababa el siglo: Alejandro Malaspina, Leandro Fernández de Moratín, Juan de Villanueva, Luigi Boccherini, Francisco de Goya, entre otros.

La narrativa optimista tenía su razón de ser y los éxitos en muchas de las acciones emprendidas la justificaban sobradamente. Sin embargo, José Luis Gómez Urdáñez había ido descubriendo que el régimen tenía también su lado oscuro (según una expresión hoy de actualidad y utilizada con fina ironía por el profesor Enrique Giménez en el título de su obra *El lado oscuro de las Luces en tierras alicantinas*) y, en este libro, ha dado cumplida prueba de ello, poniendo de relieve que el absolutismo, aun siendo ilustrado, había dejado en la España del siglo XVIII un reguero de víctimas.

Para ello, ha estudiado a fondo todos los entresijos de la lucha ideológica y todas las contradicciones del poder. Primero, por lo más sabido: los ilustrados fueron una minoría, que tuvo siempre en contra a una turba reaccionaria extraída

esencialmente del sector de los privilegiados, la aristocracia y, sobre todo, la Iglesia, siempre campeona de la intolerancia y el oscurantismo. Luego, por un descubrimiento más reciente: la dualidad de los poderes, repartidos entre los grandes funcionarios (como los secretarios de Estado) y los grandes cortesanos (los que gozaban de la intimidad del rey dentro de la Corte, de la *domus regia*, con especial hincapié en el confesor real, sobre todo cuando se trataba de un fraile a la vez ignorante y fanático como Joaquín Eleta), cuando no había que añadir la secreta ebullición del cuarto del príncipe, convertido muchas veces en un centro conspirativo de primera entidad, y para acabar, el rey, último depositario de la autoridad, pero también zarandeado por filias y folias que alteraban el cuadro. Finalmente, por las rivalidades internas entre las facciones, entre los partidos, algunas ya muy conocidas (la conjura contra Ensenada, el motín contra Esquilache), pero otras oscuras o tergiversadas, justamente las que estaban esperando la palabra de un historiador cualificado

Por ello, las víctimas del absolutismo que desfilan por este libro pueden serlo por los ataques de la reacción aristocrática o clerical, por los intrigantes de la Corte o por sus propios colegas ilustrados, dispuestos a la zancadilla o a algo peor por motivos normalmente poco confesables, por aspirar al poder, por salvaguardar su posición, por ejercitar la venganza. Eso en cuanto a las víctimas individuales, pero el autor también nos habla de las colectivas, de aquellos que sufren la miseria, que están discriminados por motivos raciales o religiosos, que están atados al duro banco de una galera (y no turquesca), que yacen en las prisiones inquisitoriales o que, como en el caso de los gitanos, sufren una espantosa persecución y una amenaza de acción genocida por parte —no solo, pero también— de los absolutistas ilustrados.

Así, nos encontramos primero con un revelador capítulo dedicado a Benito Jerónimo Feijoo. Revelador porque al religioso benedictino lo hemos tenido siempre por un espíritu curioso, erudito y crítico moderado (según rezan los títulos de

sus obras), pero resulta que era algo más: un pensador político, como se pone aquí incuestionablemente de manifiesto. Se salvó de ser víctima por la amenidad de sus artículos de variada materia, aunque requirió nada menos que la protección del rey contra sus enemigos. No ocurrió lo mismo con Melchor de Macanaz, servidor ejemplar de la monarquía, pero cuya radicalidad (auténticamente ilustrada, como subraya Teófanés Egidio) le perdió, haciéndole, en las palabras de José Luis Gómez Urdáñez, inaugurar «el siglo de la crueldad», como califica al siglo XVIII en su totalidad. El laborioso funcionario no solo se atrevió a proponer una reforma del intocable Santo Oficio, sino que redactó la pieza maestra del regalismo español, el *Pedimento* de 1713, una obra a favor de los intereses de Felipe V frente a la Iglesia, pero que le valió, a sus 45 años, un destierro de otros 33 años, del que solo volvió para ser encerrado en el tenebroso castillo de San Antón de La Coruña (una especie de isla de If, según Alejandro Dumas), de la que salió a los 90 años para ser confinado en su pueblo de Hellín hasta su muerte.

El conde de Superunda, gobernador de Chile y virrey del Perú, recompensado con su ingreso en las filas de la nobleza de servicio por su enérgica actuación frente al famoso maremoto de 1746, y que abandonó Lima después de haber mantenido una agria disputa con el arzobispo de la diócesis por su actitud marcadamente regalista, es un caso especial por varias razones. Primero, porque su desgracia fue accidental, ya que le acació básicamente por aquello que los ingleses llaman *to be at the wrong place at the wrong time*; en este caso, por ser la máxima autoridad en La Habana en el momento de la ocupación inglesa de 1762, lo que le obligó a firmar la capitulación con el enemigo, comprometiéndose sin culpa en la más que dudosa defensa de la ciudad por parte de los verdaderos responsables. Segundo, porque resultó ser una víctima colateral del castigo ejemplar buscado con vehemencia por el colérico conde de Aranda en un consejo de guerra sin duda más político que militar, como acertadamente expone el autor del libro. La condena impuesta a un hombre largamente septuagenario (que había